

ARTICULOS SATIRICOS DE
MARIANO JOSE DE LARRA

511

A Thesis
Submitted to
the Department of Foreign Languages
and the Graduate Council
of the
Kansas State Teachers College

In Partial Fulfillment
of the Requirements for the Degree
Master of Science

by
Isidro de la Herrán
August, 1969

Ther
H

Approved for the Major Department

David L. Train

Approved for the Graduate Council

Freeman Hayes

288275¹

TABLA DEL CONTENIDO

CAPITULO	PAGINA
I. INTRODUCCION	1
II. DATOS BIOGRAFICOS DE MARIANO JOSE DE LARRA	3
III. SELECCION DE ARTICULOS	16
IV. CONCLUSIONES	48
BIBLIOGRAFIA	51

CAPITULO I

INTRODUCCION

En las primeras décadas del siglo XIX pocos géneros literarios merecieron la atención del público y el éxito en aquella España empobrecida e inculta, víctima de la reciente invasión napoleónica y asolada, además, por la guerra civil. Uno de esos géneros, que ya habían cultivado brillantemente en el Siglo de Oro Cervantes y Quevedo, fue el costumbrismo.

Tres escritores españoles habrían de alcanzar merecida fama como costumbristas, a partir de la cuarta década del citado siglo XIX; fueron ellos: Serafín Estébanez Calderón, Ramón Mesonero Romanos, y Mariano José de Larra. Sin embargo, fue este último un caso aparte en el costumbrismo español, pues lo abordó en forma distinta que sus citados colegas en el género, siendo su rasgo característico la sátira, que cultivó con singular maestría, llegando a ser considerado el mejor escritor satírico de su siglo.

Al estudio de los diferentes tonos de la sátira empleada por Larra en sus artículos de costumbres y políticos, se contraerá la presente tesis, limitada a trece artículos que se han seleccionado entre los numerosos que escribió el autor. Se analizarán las ideas del escritor en estudio con respecto a cosas, tipos, instituciones, hábitos, y expresiones en que se pone de manifiesto el alma del pueblo español, por lo que puedan tener de propio, característico y original.

No se entrará en el estudio de la producción de Larra como crítico literario, en cuya actividad brilló notablemente, ni tampoco en el de su producción como dramaturgo, género en el que alcanzó mediano éxito. Sin embargo se hará breve referencia a ellas en el capítulo II, relativo a los datos biográficos del autor, y cuando sea necesario aclarar o corroborar conclusiones sostenidas en los artículos estudiados. El capítulo III estará destinado al estudio de los artículos que han sido seleccionados entre los de costumbres y políticos, y a éste seguirá el de las conclusiones.

CAPITULO II

DATOS BIOGRAFICOS DE MARIANO JOSE DE LARRA

Es preciso adentrarse en la biografía de Mariano José de Larra para esclarecer puntos importantes de su corta y accidentada vida y formarse una idea clara de lo que fué aquella existencia, de las circunstancias que la condicionaron y de como éstas iban a influir en su producción literaria.

Nació Mariano José de Larra en Madrid, España, el día 24 de Marzo de 1809, época en que ya la nación se encontraba bajo la completa dominación francesa, a causa de la invasión napoleónica. Su padre, Don Mariano de Larra y Langelot, reputado médico de la corte, había casado en segundas nupcias con Doña María de los Dolores Sánchez de Castro, bastante más joven que él, y la única descendencia de este matrimonio fué el que luego sería el gran escritor.

Durante los primeros años de su infancia vivió Larra en la casa de su abuelo paterno, Don Antonio Crispín de Larra, quien ostentaba el cargo de Fiel Administrador de la Casa de la Moneda de Madrid, hombre estricto y ardiente patriota. Pero de este medio familiar habría de separarle un acontecimiento que alteró el curso de la vida del futuro escritor.

En efecto, al ocurrir la invasión francesa de 1808, origen de tantas páginas de gloria en los días de la guerra de independencia española, el Dr. Larra aceptó el cargo de médico de primera clase en el ejército del rey Jose I y al llegar los días en que los invasores

abandonaron España, vióse aquel precisado a seguirlos en su fuga, pasando los Pirineos a principios de 1813 y llevando consigo a su hijo que apenas contaba cuatro años de edad.¹

Trasladados a Francia el Dr. Larra y su familia se detienen en Burdeos donde el médico ejerce su profesión durante siete meses y deja interno en un colegio de esa ciudad a su hijo, viajando a otras ciudades fuera de Francia. De regreso fija su residencia en París donde practica su profesión con éxito, mientras el pequeño Mariano José permanece en el internado de Burdeos cinco años, donde ha aprendido el francés y casi ha olvidado el español.

Estos antecedentes, así como la lectura de gran número de obras francesas desde sus primeros años explican el evidente afrancesamiento de Larra, de que él mismo ofrece testimonio reiterado en sus escritos. En aquellas lecturas formó el fondo de sus ideas en filosofía, en literatura y en política.

En 1818 se acogió el Dr. Larra a una amnistía para regresar a la patria, donde poco tiempo después obtuvo el nombramiento de médico del Infante Don Francisco. El niño Mariano José regresó con su familia a Madrid y pasó del colegio de Burdeos a las Escuelas Pías de San Antonio, donde prosiguió sus estudios de humanidades.

Mariano José es, por entonces, un chico formal. Estudia, lee con avidez y su afición literaria empieza a concentrarse traduciendo

¹Manuel Chaves, Don Mariano José de Larra. Su tiempo. Su vida. Sus obras (Sevilla: Imprenta de la Andalucía, 1899), pp. 11-12.

al español, de una edición francesa, algunos capítulos de la Iliada, trabajando además en un compendio de gramática castellana.² Sin embargo, al decir del comentarista Simón Atocha:

La cálida ternura materna, la sensación de protección y seguridad, las ingenuas emociones del niño, sus juegos y alegrías en el ámbito del hogar, fueron cosas vedadas a Larra, que hubo de sufrir desde sus primeros años las melancólicas sensaciones del desamparo.³

En el verano de 1826 terminaron los estudios oficiales de Larra y sin que se sepa a que debieron su suspensión, es lo cierto que abandonó para siempre las aulas y en los comienzos de 1827 obtuvo un empleo en cierta oficina del gobierno, el que desempeñó con desagrado y no tardó en renunciar.

Es por esta época que Larra hace sus primeras armas en el campo literario, pero ellas no correspondieron a las esperanzas fundadas en sus felices dotes. Desorientado al principio encontró finalmente el camino que mejor convenía a sus aptitudes.

El mismo iba a condenar al olvido toda su producción literaria de los primeros tiempos, la que se limitó a versos en el estilo del siglo XVIII, algún que otro arreglo o traducción de comedias francesas y a una revista de costumbres que no pasó del quinto cuaderno y que era publicada con el título de "El duende satírico".

²Marino Gómez Santos, Fíguro o La vida de prisa (Madrid: Colección "El Grifón", 1956), pp. 56-57.

³Simón Atocha, Larra. Estudio y antología (Madrid: Compañía Bibliográfica Española, S. A., 1964), p. 43.

Fueron los folletos de "El duende satírico" acogidos por el público con indiferencia al principio, pero pronto comenzaron a llamar la atención los artículos que llevaban el epígrafe de "Cartas del duende," en los que ya se advierten los primeros rasgos en el género de la sátira irónica, que más tarde cultivó Larra con singular maestría.

A la publicación del quinto número, en agosto de 1829, "El duende satírico" desapareció bajo presión del gobierno, que no admitía críticas de ninguna clase, a pesar de lo suave de la sátira y de lo embozadas que eran las alusiones a personas y cosas. A nadie extrañó tal fracaso pues por aquellos años la literatura y la prensa españolas atravesaban una crisis aflictiva. Suprimida por la acción del despotismo la libertad de emitir las ideas, y prohibido desde los comienzos de la reacción todo papel periódico, pocas ilusiones podía alentar el joven Larra como escritor.

En agosto de 1829, cuando contaba tan solo veinte años de edad, contrajo matrimonio Larra con Josefa Wetoret, señorita perteneciente a una distinguida familia madrileña. La oposición de sus padres, que consideraban algo prematura esta unión, no fue suficiente para hacer desistir a Larra del matrimonio, que no había de ser feliz. Al enamoramiento inicial siguieron las desavenencias debidas a la incompatibilidad de caracteres, pero no hay duda de que una causa más grave ocasionó la separación.

Unos amores adúlteros con Dolores Armijo, mujer bella, coqueta, y aficionada a la vida de sociedad, que estaba casada con el hijo del

notable jurisconsulto don Manuel Cambronero, despertaron en Larra una ardiente pasión alejándole del hogar. Pero el desamor de la bella amante pronto iba a sumirle en la desesperación y la amargura, llevándole, finalmente, al suicidio a la corta edad de veintisiete años.

Si bien el cultivo de la poesía le permitió a Larra darse a conocer en los círculos literarios madrileños, es lo cierto que no le trajo el éxito deseado, y por ello ya en el año de 1831 se aventura por un camino más conforme con sus inclinaciones satíricas, escribiendo una comedia arreglada del francés que titula No más mostrador, la que fue acogida favorablemente por el público en su estreno.

Otra obra de más vuelos dio Larra al teatro el siguiente año, esta vez no arreglada sino traducida del francés, y fue el melodrama original de Victor Ducange titulado Roberto Dillon, en cinco actos.

Aprovechando cierta tolerancia política de la monarquía, a principios del año 1831, comenzaron a reunirse los jóvenes intelectuales madrileños, formando una tertulia literaria que fue célebre en la corte por las ruidosas polémicas que provocó el triunfo del romanticismo francés, y por las notables producciones que salieron de aquel cenáculo literario.

Adoptó dicha tertulia por nombre "El parnasillo," y se reunía en un local pequeño y de pobre aspecto en el café "El príncipe". Fue Larra uno de los primeros concurrentes de "El parnasillo" donde se le admiraba por su ingenio y agudeza. Sin embargo, muchos le

temían por su pluma cáustica y agresiva. En una breve semblanza literaria de Larra expresa el autor Valbuena:

Tenía él una posición intermedia por su estética y su crítica ante el Romanticismo. Romántico en la acción con ideas en parte clásicas, elaboradas desde su niñez en el medio escolar francés, en constante contradicción entre sus sentimientos y sus normas de razón, pesimista en su criticismo de la época y especialmente ante el problema nacional español.⁴

Es de notar que Larra, que fue regocijo de su pueblo por sus artículos humorísticos, era un misántropo de carácter reservado y sombrío que llevó una vida triste y lamentable. El mismo señala la ironía en la existencia de los escritores satíricos cuando escribe:

Supone el lector, en quien acaba un párrafo mordaz de provocar la risa, que el escritor satírico es un ser consagrado por la naturaleza a la alegría, y que su corazón es un foco inextinguible de esa misma jovialidad que a manos llenas prodiga a sus lectores. Desgraciadamente, y, es lo que estos no saben siempre, no es así. El escritor satírico es por lo común como la Luna, un cuerpo opaco destinado a dar luz, y es acaso el único de quien con razón se puede decir que da lo que no tiene.⁵

Precisamente fue en una reunión de "El parnasillo" donde surgió la idea de que Larra adoptase un seudónimo, siguiendo la costumbre de los escritores humorísticos. Se discutieron varios, hasta que el empresario teatral Grimaldi propuso el de "Fígaro," que adoptó Larra con entusiasmo. El propio escritor explica, en uno de

⁴Ángel Valbuena Prat, Historia de la literatura española, Tomo III (Barcelona: Editorial Gustavo Gili, S. A., 1963, séptima edición), p. 162.

⁵Mariano José Larra, Obras completas, Tomo II (París: Baudry, Librería Europea, quinta edición, 1883), p. 79. En lo sucesivo se harán las referencias a esta obra dentro del cuerpo del escrito, mencionando el tomo y el número de la página.

sus artículos titulado "Mi nombre y mis propósitos," las razones por las que adoptó dicho nombre, que luego hizo famoso:

. . . quedábame aun por elegir un nombre muy desconocido que no fuese el mío, por el cual supiese todo el mundo que era yo él que estos artículos escribía; porque esto de decir "yo soy fulano" tiene el inconveniente de ser claro, y entenderlo todo el mundo y tener visos de pedante; y aunque uno lo sea, bueno es y muy bueno no parecerlo. Díjome el amigo que debía de llamarme "Fígaro," nombre a la par sonoro y significativo de mis hazañas, porque aunque ni soy barbero, ni de Sevilla soy como si lo fuera, charlatán, enredador, y curioso además, si los hay. (Tomo I, p. 339).

Pero no se limitó "Fígaro" al pequeño círculo de "El parnasillo" para dar a conocer sus facultades críticas, su penetrante sagacidad para descubrir desaciertos, y su delicadeza para vestir la sátira con el fino velo de la ironía. La sátira periodística le ofrecía indudables ventajas, por el atractivo de la actualidad y la eficacia de la insistencia. A la vez que se comentaban los episodios del día, se ponían de manifiesto las lágrimas de la sociedad.

En efecto, siguiendo sus nuevas inclinaciones literarias, dio Larra inició a otra publicación periódica, en agosto de 1832, que apareció bajo el título de "El pobrecito hablador," y que llevaba por subtítulo el nombre de "Revista satírica de costumbres por el bachiller don Juan Pérez de Munguía". Esta revista salía sin fechas fijas y de ella solo se publicaron catorce números, que bastaron para despertar el interés de los lectores madrileños que comentaban las cartas cruzadas entre el bachiller y Andrés Niporesas (otro pseudónimo de Larra), las que eran fechadas en las Batuecas.

Con esta publicación, al decir del notable comentarista Lomba y Pedraja, se presenta Larra "armado de todo su estilo, de su agudeza,

su humor y su amarga psicología."⁶ Trae consigo un ideal que ya no ha de abandonarle hasta el fin de su carrera,

. . . al contrario se irá afirmando en él día por día, irá madurando, contrastándose, perdiendo asperezas de forma y de expresión; irá extendiéndose a nuevas esferas de su mundo mental. Este ideal es el de la sociedad extranjera, hija de la revolución del 89. Léase, si se quiere, la sociedad francesa. La aspiración del bachiller, la meta de sus esfuerzos, es llevar hasta ella, elevándola, por supuesto, en concepto suyo, a la sociedad de su patria.⁷

A este respecto, hace notar el citado comentarista el brusco contraste entre los cuadros de costumbres de Larra, y los de sus contemporáneos Estébanez Calderón y Mesonero Romanos; pues mientras Estébanez ama y admira cuanto es español, andaluz, castizo y a la antigua, Mesonero ama y vive orgulloso de su Madrid, sobre todo de la sociedad media, que conserva las costumbres sencillas a la usanza española y antigua. Es tanto que Larra aborrece lo que describe. Para él, aquella sociedad que tanto amaba Mesonero era un barrio del limbo, en que una sociedad inerte, tétrica, soñolienta, ignorante, encogida y rústica, vegeta en aislamiento del resto del mundo.⁸

No obstante el éxito alcanzado por Larra con su nueva publicación, no iba a tener larga vida el bachiller Munguía. Bien pronto

⁶ José R. Lomba y Pedraja, Cuatro estudios en torno a Larra (Madrid: Tipografía de Archivos, Olózaga, 1936), p. 65.

⁷ Ibid., p. 65.

⁸ Ibid., pp. 65-66.

fueron sometidos a la censura oficial sus sátiras sobre las costumbres y vicios de la corte, pues no estaba el absolutismo de Fernando VII inclinado a tolerar críticas. Y en marzo de 1833, bajo el gobierno del primer ministro Cea Bermúdez, llamado del "despotismo ilustrado," apareció el último número de "El pobrecito hablador," en el que Larra expresó: ". . . tengo miedo y de miedo muero; lo cual no me da vergüenza, así como hay otras cosas que tampoco se la dan a otros". (Tomo I, p. 89).

A la terminación de "El pobrecito hablador" siguió Larra escribiendo en el periódico "Revista Española," de cuya redacción había entrado a formar parte desde enero de 1833. Prometía Larra tratar en sus artículos principalmente del teatro, no obstante, aludía, con circunspección, a los gobernantes que prometen y no cumplen, manifestándose dispuesto a prodigar alabanzas por los aciertos del gobierno, pero resistiéndose a dispensar elogios prematuros.⁹

Escribir de la política era extremadamente riesgoso, y ser periodista en aquellas condiciones tarea muy ingrata. "Fígaro" enumeró los inconvenientes del oficio en un artículo titulado "Ya soy redactor," que apareció a raíz del desastroso fin de "El pobrecito hablador". El miedo encogía los espíritus, y no era

⁹Julio Nombela Campos, Larra (Fígaro), (Madrid: Casa Editorial Velázquez, 1906), p. 260.

fácil dar gusto al público y vencer los recelos de un director amenazado de que los lectores o el gobierno le mataran el periódico.¹⁰

El credo político de Larra no cedía en radicalismo al de los más avanzados progresistas. No había en él tampoco inconsecuencia entre sus ideas políticas y sus convicciones de otro orden. Su programa político lo hubo de compendiar con estas palabras:

. . . Libertad de conciencia, libertad civil, igualdad completa ante la ley, igualdad que abra la puerta de los cargos públicos para los hombres todos, según su idoneidad y sin necesidad de otra aristocracia que la del talento, la virtud y el mérito, y libertad absoluta del pensamiento escrito. (Tomo II, p. 214).

Por este tiempo se aplicó Larra a explorar literariamente en distintas formas, en armonía con la nueva modalidad sentimental e imaginativa aportada por el Romanticismo a la literatura y a la sociedad.

En El doncel de don Enrique el doliente, novela histórica del tipo de las de Walter Scott, que publicó en 1834, mostró Larra haber hallado en la historia castellana de la Edad Media, el personaje que le hacía falta para encarnar la pasión ardiente de amor de que esperaba inspiración para su obra. Este personaje era Macías, trovador gallego cuya fama de enamorado llenó la poesía española del siglo XV, y cuya muerte temprana y miserable, causada por sus mismos amores, le nimbaban en profecía de una aureola romántica.¹¹

¹⁰Ibid., p. 261.

¹¹Lomba y Pedraja, op. cit., p. 367.

Poco después, en septiembre de 1834, fue representado con gran éxito su drama histórico titulado Macías, en cinco actos y en verso, basado en el mismo personaje de su mencionada novela.

En abril de 1835 abandonó Larra Madrid dirigiéndose a Portugal, y posteriormente a Inglaterra, Bélgica y Francia, permaneciendo en esta última durante cinco meses. A los pocos días de su llegada a París se relacionó Larra con los más ilustres literatos de Francia. Tuvo así ocasión de tratar a grandes figuras de la escuela romántica, como Víctor Hugo y Alejandro Dumás, y pudo apreciar de cerca el gran movimiento intelectual de la nación vecina, siendo además solicitada su colaboración para que escribiese en lengua francesa en una publicación acerca de un viaje pintoresco por España.¹²

Grandes cambios en la situación política de España encontró Larra a su regreso de Francia. Al ministerio de Martínez de la Rosa, que cayó del poder por su falta de valor para acometer las reformas que necesitaba la nación, sucedió el del conde de Toreno, que a su vez cayó por haberse rebelado contra él la nación entera, que, desobedeciendo su autoridad, formó juntas en cada provincia para gobernarse.¹³

A Toreno sucedió Mendizábal, cuya subida al poder fue acogida con gran entusiasmo en España dado el prestigio de que venía precedido. Sin embargo, sus errores políticos con ocasión de discutirse en las

¹²Chaves, op. cit., pp. 86-87.

¹³Ibid., p. 91.

cortes la nueva ley electoral, le enagenaron el apoyo tanto de los moderados como de los progresistas.

Larra dirigió pronto su ingeniosa sátira contra Mendizábal en el contenido de tres de sus cartas, escritas a su supuesto corresponsal en París, las que encabezó con los títulos de: "Fígaro de vuelta"; "Buenas noches"; y "Dios nos asista!". Nunca como en ellas supo unir Larra la agudeza de ingenio al arte suave de la persuasión.¹⁴

Forzado Mendizábal a abandonar el poder asumió el gobierno don Javier Istúriz, cuya defensa tomó el periódico "El Español" donde colaboraba Larra. No se abstuvo éste, sin embargo, de mandar al periódico un artículo de oposición contra el gabinete recién formado. El director, don Andrés Borrego, se apresuró a devolver el original a su autor, sin consentir que se publicara. Esto dio oportunidad a Larra para una nueva declaración de fe política, en la que hizo enérgico alarde de independencia, negándose a escribir artículos "ministeriales".

Poco después, todavía bajo el gobierno de Istúriz, le fue ofrecida un acta de diputado por la provincia de Avila, para las cortes revisoras del Estatuto, la que ganó Larra en las elecciones del 9 de agosto de 1836. Lamentablemente, un suceso ocurrido a los pocos días de la elección vino a desvanecer las ilusiones políticas del escritor. El 12 de agosto estalló en la Granja el motín de los sargentos, que proclamaban la constitución de 1812, y la reina Cristina

¹⁴Lomba y Pedraja, op. cit., p. 163.

fue obligada a firmar el decreto de su publicación, lo que impidió la reunión de las cortes.

Es notorio el cambio de actitud y de tono del escritor a partir del suceso de la Granja. De la política del día, del momento, como siempre lo había hecho hasta entonces, no volvió a escribir más. Refugiado en la crítica literaria, solamente de tarde en tarde se ocupó de la cosa pública, siempre en términos generales y nunca con otro intento que para desahogar en amargas lamentaciones su espíritu, del que se había enseñoreado el escepticismo y el tedio.¹⁵

Sin embargo, causas más personales y ajenas a la política agravaron su interna dolencia, robándole el bienestar íntimo y la serenidad de la mente. Era sabido por sus íntimos que no cesaba de dirigir cartas a su esquivada amante, Dolores Armijo, solicitando que le concediera una entrevista en la que esperaba reconquistar a la amada.

En los primeros días de febrero de 1837, cuando ya empezaba Larra a desconfiar de que la amante accediera a sus ruegos, consintió ésta, finalmente, en acudir a una cita que se verificó el día 13 de dicho mes en casa de Larra. No obstante, todos los esfuerzos del escritor fueron inútiles ante la resolución inalterable de la mujer, que acabó por exaltarle con su indiferencia y enardecerle con su despego. Apenas Larra quedó solo se disparó un tiro con una pistola, poniendo así fin a su corta y brillante existencia.

¹⁵Ibid., pp. 177-178.

CAPITULO III

SELECCION DE ARTICULOS

A. "¿Quién es el público, y dónde se le encuentra?"

Este artículo, que Larra llamó mutilado o refundido, porque tomó la idea del escritor francés Jouy, va precedido de una nota humorística, explicativa de los propósitos del novel periodista al iniciar su publicación titulada "El Pobrecito Hablador":

A nadie se ofenderá, a lo menos a sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si algunas caricaturas por casualidad se pareciesen a alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija . . . Siendo nuestro objeto divertir por cualquier medio, cuando no se le ocurra a nuestra pobre imaginación nada que nos parezca suficiente o satisfactorio, declaramos francamente que robaremos donde podamos nuestros materiales, publicándolos íntegros o mutilados, traducidos, arreglados o refundidos, citando la fuente, o apropiándonoslos descaradamente . . . (Tomo I, p. 2)

Pinta Larra con felices rasgos un domingo en Madrid, a la salida de la misa, el paseo, las visitas, en las que se pierde el tiempo lastimosamente:

. . . Este día un sin número de oficinistas y de gentes ocupadas o no ocupadas el resto de la semana, se afeíta. se muda, se viste y se perfila, veo que a primera hora llena las iglesias, la mayor parte para ver y ser visto; observa a la salida las caras interesantes, los talles esbeltos . . . y reparo que a segunda hora va de casa en casa haciendo una infinidad de visitas; aquí deja un cartoncito con su nombre cuando los visitados no están o no quieren estar en casa . . . (Tomo I, p. 4.)

En las fondas gusta el público de comer una comida detestable, en mesas estrechas, con manteles comunes a todos, servilletas sucias, usadas por otros, y con una servidumbre mugrienta y mal encarada. No

es mejor el gusto por los cafés, prefiriendo el público los que son sucios, oscuros y estrechos, en tanto que huyen y dejan arruinarse otros más espaciosos, más claros, limpios y decorados con lujo y arte.

Los autores de comedias, afirma Larra, tienen distintas opiniones sobre el público, según las circunstancias le sean favorables o no:

Un escritor cuando le silban, dice que el público no le silbó, sino que fue una intriga de sus enemigos, sus envidiosos, y éste ciertamente no es el público, pero si le critican los defectos de su comedia aplaudida llama al público en su defensa; el público le ha aplaudido; el público no puede ser injusto; luego es buena su comedia. (Tomo I, p. 7.)

Señala Larra las injusticias de la opinión pública que ensalza al que roba mucho y sanciona el castigo del que roba poco; que pone el honor del hombre en el temperamento de su consorte, y la razón en la espada. Llegando a la conclusión de que no existe un público único, invariable, juez imparcial; que cada clase de la sociedad tiene el suyo, de cuyos heterogéneos rasgos se compone la fisonomía monstruosa del que llamamos público; y que por lo regular, siente en masa y reunido de una manera muy distinta que cada uno de sus individuos en particular.

B. "Carta a Andrés"

Esta primera carta, dirigida a Andrés por su amigo el bachiller Munguía (los personajes creados por Larra), versa sobre la incultura del público y está fechada en las Batuecas, velada alusión a Madrid.

Se admira en este artículo, como en otros que publicó Larra en "El Pobrecito Hablador," el cuadro exacto de una época sombría en la

que España, víctima del despotismo político, de la incultura, y del aislamiento, arrastraba una vida lánguida e indiferente.

La necesidad de no salirse de ciertos límites aguzó el entendimiento del escritor. Hizo un esfuerzo poderoso para colocarse a cierta altura, desde la cual se apreciaba el conjunto de las figuras, se las oía hablar, se advertían sus actitudes y se divisaban sus trajes, sin que se llegase a distinguir sus facciones. Comprendió en la sátira al público en general, sin exclusión de clases ni de ideas.¹⁶ Se preguntaba Larra:

¿No se lee en este país porque no se escribe, o no se escribe porque no se lee . . .? ¡Pobres batuecos! La mitad de las gentes no lee porque la otra mitad no escribe, y ésta no escribe porque aquélla no lee . . . No es aquí, en fin, profesión el escribir, ni afición el leer, ambas cosas son pasatiempo de gente vaga y mal entretenida; que no puede ser hombre de provecho quien no es por lo menos tonto y mayorazgo. (Tomo I, pp. 13-18.)

Lo que se escribe, según Larra, no arguye ni mucho menos la existencia de una literatura nacional; todo se reduce a un centenar de novelistas fúnebres y melancólicos. El país abunda en autorcillos en traductores, pero autores buenos no los hay. La causa de ello la encuentra Larra en lo que era preocupación de su época: la falta de protección. Ante este cuadro desolador, llegaba el bachiller Munguía a la siguiente irónica conclusión:

. . . solo me limitaré a decirte, para concluir que no sabemos lo que tenemos con nuestra feliz ignorancia, porque el vano deseo de saber induce a los hombres a la soberbia, que es uno de los siete pecados mortales, por el plano

¹⁶Nombela, op. cit., p. 78.

resbaladizo de nuestro amor propio; de este feo pecado nació, como sabes, en otros tiempos la ruina de Babel . . . De que podrás inferir, Andrés, cuan dañoso es el saber, y que de verdad es todo cuanto arriba te llevo dicho acerca de las ventajas que en estas cosas a los demás hombres llevamos los batuecos, y cuanto debe regocijarnos la proposición cierta de que: En este país no se lee porque no se escribe y no se escribe porque no se lee . . . (Tomo I, p. 19.)

Amenizan estas desconsoladoras reflexiones las pinturas de tipos descritos al correr de la pluma, y diálogos breves que bastan para caracterizar a los personajes que las sostienen. Figuran entre estos el librero rico, que ni emprende obras de importancia ni paga bien a los literatos, porque se queja de que, en rigor, no los hay ni quien los lea; el autor escuálido que se refugia en las traducciones porque le pagan muy mal las obras originales. Se lamenta éste haciendo las siguientes revelaciones:

Me ha ajustado con un librero para traducir del francés al castellano las novelas de Walter Scott, que se escribieron originalmente en inglés, y algunas de Cooper que hablan de marina, y es materia que no entiendo palabra. Doce reales me viene a dar por pliego de imprenta, y el día que no traduzco no como. (Tomo I, p. 14.)

Finalmente, un diálogo sostenido por el autor con cuatro batuecos, a quienes incita en balde a que estudien, completa la sátira de la incultura y del odio a la ilustración:

Mire usted, dijo el uno, déjeme usted de quebraderos de cabeza; mayorazgo soy, y el saber es para los hombres que no tienen sobre que caerse muertos. Mire usted, dijo otro, mi tío es general y yo tengo una charretera a los quince años; otra vendrá con el tiempo, y algo más, sin necesidad de quemarse las cejas. . . Mire usted, dijo el tercero, en mi familia nadie ha estudiado, porque las gentes de sangre azul no han de ser médicos, ni abogados, ni han de trabajar, como la canalla . . . Mire usted, concluyó el último, verdad es que yo no tengo grandes riquezas, pero tengo tal cual

letra; ya he logrado meter la cabeza en rentas . . . un amigo nunca me ha de faltar, ni un empleillo de mala muerte; y para ser oficinista no es preciso ser ningún catedrático de Alcalá ni de Salamanca. (Tomo I, p. 16.)

Hacia Larra salvedad de aquellos que se esforzaban por salir del común oprobio que alcanzaba a los españoles, descollando entre el general abatimiento. Pero si bien apreciaba los méritos de su conducta, consideraba esas contadas excepciones insuficientes para destruir la triste verdad que abrumaba a la nación.

C. "Carta de Andrés Niporesas"

En esta carta, dirigida al bachiller Munguía, combate el autor la plaga de los servidores de la administración pública. Refugio de vagos que mediante influencias obtienen un empleo para vivir sin trabajar. En tono humorístico relata las comodidades de tener oficina y sueldo, las ventajas de los gajes, de las manos puercas, y de los favores que pueden concederse a las solicitantes bien parecidas. Un solo inconveniente encontraba Andrés en la ocupación de empleado público, y era que para cada veinte pretendientes había nada más que diez empleos:

Por lo demás no pretendo: pero no dejo de conocer que no hay cosa como tener oficina y sueldo, que corre siempre ni más ni menos que un río. Se pone uno malo, o no se pone; no va a la oficina, y corre la paga; lee uno allí de balde y al brasero la Gaceta y el Correo, y un cigarrillo tras otro se llega la hora de salir poco después de entrar . . . Otras ventajillas de los empleos se pudieran citar; hay unos, por ejemplo, en que se manejan intereses y hay sobrantes . . . Da uno cuenta, o no las da, o las da a su modo. No es que a mí esto me parezca mal . . . Ello es que hay cosas de suyo pegajosas, y si te arrimas mucho a un pellejo de miel, por fuerza te has de untar, sin que esto sea en ninguna manera culpa tuya, sino de la miel que de suyo unta. (Tomo I, pp. 63-64).

Los batuecos son más listos de lo que parece; hay quien pretende un empleo cuando está aún agonizando el que lo tenía, y le dicen que llega tarde. Ejemplo de corrupción es el caso del niño de ocho años a quien han concedido una gracia de capitán, con sueldo, por valimiento de su padre, en tanto que un militar con cuarenta años de servicios asciende a duras penas a teniente.

En labios de un batueco excepcional ponía Larra un programa de reformas:

Si, señor don Andrés, aquí no tendremos un principio de esperanza sino cuando conozcan todos la necesidad de no sacar más sangre de este cuerpo ya desangrado, cuando tengan mis compatriotas ideas moderadas, un plan uniforme, una marcha prudente, menos partidos y colores, menos pereza y holgazanería; cuando el cielo nos envíe luz para ver y aplicación para trabajar; cuando tengamos, en fin, el verdadero deseo de ser felices, que mucho lleva adelantado para serlo quien de veras lo desea . . . (Tomo I, p. 66.)

Muchos de los comentarios de Larra tocan tan en lo vivo la llaga de la sociedad española, que bien pudieron ser escritos en el presente siglo; pero no puede negarse que el tono amargo y desesperanzado con que trata los problemas de España, exagerando con frecuencia los males, y callando a veces las virtudes, tiene mucho que ver con su personalidad pesimista.

D. "El castellano viejo"

Burla despiadada del castizo y llano carácter nacional español es este artículo de costumbres, en el que Larra exagera con arte y saña defectos reales, pero no de gran importancia después de todo; como son la cargante afectación de patriotismo, el desprecio por todo lo extranjero, y los malos modales.

Supone el autor que iba por las calles de Madrid en busca de materiales para sus artículos, cuando de pronto recibió una terrible palmada, descargada sobre sus hombros. Al volverse para conocer quien le trataba así, el bromista, con nuevas muestras de cariño y confianza, le cubrió los ojos con las manos al tiempo que le sujetaba por detrás, gritando: "¿Quién soy?" No necesitó más el autor para conocerle. No podía ser otro que Braulio.

Braulio le convidó a comer al día siguiente, que eran sus días, y el articulista le felicitó por este motivo, contestándole aquel: "Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: el pan pan y el vino vino . . ." (Tomo I, p. 46). Tras algunas evasivas, que no admitió su amigo, se comprometió el escritor a asistir a la comida de Braulio, a quien describe como persona,

. . . cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen a que tuviese una educación más escogida y modales más suaves e insinuantes, mas la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre a toda o a la mayor parte de nuestra clase media, y a toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su patria. Esta ceguera le hace adoptar todas las responsabilidades de su inconsiderado cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razón, defiende que no hay educación como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla; a trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que nuestras manolas son las más encantadoras de todas las mujeres; es un hombre, en fin, que vive de exclusivas . . . (Tomo I, p. 47.)

Es Braulio hombre que, en su brutal llaneza, desprecia la cortesía y los buenos modales, prefiriendo la vulgaridad como signo de trato sincero:

El se muere por plantarle una fresca al lucero del alba, como suele decir, y cuando tiene un resentimiento se lo espeta a uno cara a cara. Como tiene trocados todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya sabe lo que quiere decir cumplo y miento; llama a la urbanidad hipocresía y a la decencia monadas . . . cree que toda la crianza esta reducida a decir: Dios guarde a ustedes, al entrar en una sala, y anadir, con permiso de usted, cada vez que se mueve . . . (Tomo I, p. 47.)

Señalada la comida para las dos, no se sentaron los comensales a la mesa hasta las cinco. Braulio, que exigía la mayor franqueza a sus convidados, obligó al autor a que se quitara el frac de color y se pusiera una chaqueta del propio anfitrión, para evitar que aquél se manchase. Empezó la comida con una serie interminable de cumplimientos de mal gusto, para dar y recibir cada plato. "Sin etiqueta, señores, exclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara." (Tomo I, p. 49).

De los platos la mitad habían sido traídos de la fonda, y la otra mitad estaban hechos en casa, con todo, la comida fue detestable. Los pichones estaban quemados, el pavo sin cocinar, el estofado ahumado, el pescado malo. Braulio se incomodó con su mujer atribuyendo a su negligencia todos aquellos desastres. Y ésta a su vez culpó a las criadas por su torpeza. El matrimonio se acaloró y los convidados tuvieron que intervenir para aplacar las disputas, "hijas del deseo de dar a entender la mayor delicadeza" (Tomo I, p. 50). Pasada la borrasca insistió Braulio en la inutilidad de los cumplimientos, que así llamaba el "al estar bien servido y al saber comer" (Tomo I, p. 50).

Narra el articulista otros incidentes del banquete. Un señor gordo iba dejando en el mantel, al lado del pan del autor, los huesos de las aceitunas y de las aves que comía; un convidado que pretendía trinchar el capón solo consiguió que éste saliera violentamente despedido y cayera en el mantel lanzando un surtidor de caldo sobre la camisa de "Fígaro". Todavía más:

Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despedir a los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cerezas; don Leandro me hace probar el manzanilla exquisito, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos . . . (Tomo I, p. 51).

No pudo evitar "Fígaro" que los comensales le pidieran versos al final de la comida, y que le obligaran a improvisarlos. Dió gracias a Dios cuando logró escapar y verse libre de necios y castellanos viejos:

. . . líbrame de estas casas en que es un convite un acontecimiento, en que solo se pone la mesa decente para los convidados, en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones . . . en que reina, en fin, la brutal franqueza de los castellanos viejos. Quiero que si caigo de nuevo en tentaciones semejantes, me falte un roastbeef, desaparezca del mundo el beefsteak, se anonaden los timbales de macarrones, no haya pavos en Perigueux, ni pasteles en Perigord, se sequen los viñedos de Burdeos y beban, en fin, todos menos yo la deliciosa espuma del Champagne. (Tomo I, pp. 51-52).

En su obra titulada Rivas y Larra, sale Azorín al paso de la "exclusiva," relativa a los vinos españoles, expresada por Larra en este artículo, notando que no estaba tampoco exento de efusiones patrióticas el escritor satírico, cuando se trataba del orgullo nacional:

. . . Y al llegar a esto de los vinos, añade Larra, como cosa excepcional: "En lo cual bien puede tener razón". ¿Por qué esta exclusiva, mantenida ahora por usted, querido Larra? Distingamos siempre . . . En España hay vinos exquisitos, el jerez, el montilla, el Málaga, en Andalucía . . . Pero, ¿y el champagne, el burdeos, el sauterne, el rhin . . . ?¹⁷

Terminaba Larra con la reflexión de que existen gentes que viven sujetas al provechoso yugo de una buena educación, y que fingen acaso estimarse y respetarse mutuamente, para no incomodarse, al paso que hay otras que hacen ostentación de incomodarse, y se ofenden y se maltratan queriéndose y estimándose tal vez verdaderamente.

E. "Conclusión"

Abrumado por la indiferencia y la incomprensión que veía en el público, y por las dificultades con que había tropezado en su empresa periodística, se despidió "El Pobrecito Hablador" de los lectores de su revista con este artículo; aunque dos más fueron publicados luego. Un dejo de tristeza parece advertirse en sus palabras:

Mucho nos falta efectivamente que decir, pero acabamos de entrar en cuentas con nosotros mismos, y hecha abstracción de lo que no se debe, de lo que no se quiere, o de lo que no se puede decir, que para nosotros es lo más; podemos asegurar a nuestros lectores, que dejamos el puesto humildemente a quien quiera iluminar la parte del cuadro que nuestro pobre pincel ha dejado oscura. (Tomo I, p. 81).

¹⁷José Martínez Ruiz (Azorín), Rivas y Larra (Madrid: Renacimiento, 1916), p. 197.

No es la sátira festiva la que emplea Larra en este artículo, sino la admonición grave y serena. Se defendía de los que ponían en duda su patriotismo porque censuraba los defectos de los españoles, asegurando que el aparente extranjerismo suyo no era sino patriotismo acendrado en la realidad, que le obligaba a decir verdades amargas. Recordaba que los aduladores de los pueblos son sus peores enemigos, y que de esta torpe adulación nació el orgullo que hacía creer a muchos españoles que nada tenían que adelantar.¹⁸

Una duda ofensiva nos queda por desvanecer; ésta es una aclaración que nos pesará más que todo no poder hacer. Habrán creído muchos tal vez que un orgullo mal entendido, o una pasión inoportuna y dislocada de extranjerismo han hecho nacer en nosotros una propensión a maldecir de nuestras cosas. Lejos de nosotros intención tan poco patriótica; esta duda solo puede tener cabida en aquellos paisanos nuestros que, haciéndose peligrosa ilusión, tratan de persuadirse a sí mismos que marchamos al frente o al nivel a lo menos de la civilización del mundo; para los que tal crean no escribimos, porque tanto valiera hablar a sordos. (Tomo I, p. 82).

A la comprensión y buen juicio de aquellos españoles que aún conservaban la fe en el destino de su patria iban dirigidas sus patéticas apelaciones, en las que afirmaba que el progreso de los pueblos, a través de las edades, no se debe a la acción providencial de un gobernante, sino a los esfuerzos colectivos de aquellas sociedades que realmente desean avanzar:

. . . para aquellos que como nosotros, creen que los españoles son capaces de hacer lo que hacen los demás hombres; para los que piensan que el hombre es solo lo que de él hacen la educación y el gobierno . . . para éstos, pues, que están

¹⁸Nombela, op. cit., p. 92.

seguros de que nuestro bienestar y nuestra representación política no han de depender de ningún talismán celeste, sino que ha de nacer, si nace algún día, de tejas abajo, y de nosotros mismos; para estos haremos una reflexión . . . ¿quién es el mejor español? ¿El hipócrita que grita: "Todo le sois; no deis un paso para ganar el premio de la carrera, porque vais delante"; o el que sinceramente dice a sus compatriotas: "Aún os queda que andar; la meta está lejos; caminad más aprisa, si quereis ser los primeros?" (Tomo I, pp. 82-83).

Refiriéndose a la producción de Larra en "El Pobrecito Hablador," expresa Lomba y Pedraja:

Revélase en ella brillantemente la precocidad y penetración de su juicio, que no ofuscan todavía las pasiones del partidario ni las ambiciones del hombre. Constituye un momento único de frescura y sinceridad. En posteriores períodos, más agitados y críticos, se levantó a mayor elocuencia; pudo hablar con más emoción, con más brío; con más intención y sagacidad, tal vez nunca.¹⁹

Años después de escribir sus artículos periodísticos en "El Pobrecito Hablador," expresó Larra un juicio modesto sobre el valor de los mismos:

. . . No se mire, pues, bajo el punto de vista de su mérito o su demérito: no se le dé otra importancia que la que debe tener para el observador una serie de artículos que habiéndose publicado durante épocas tan fecundas en variaciones políticas, puede servir de medida para compararlas. Con la publicación de "El Pobrecito Hablador" empecé a cultivar este género arriesgado, bajo el ministerio de Calomarde . . . Esta colección será, pues, cuando menos, un documento histórico, una elocuente crónica de nuestra llamada libertad de imprenta. (Tomo I, p. 337).

Aún cuando en su artículo expresaba Larra su admiración por el rey y la reina, a los que consideraba bien intencionados monarcas que trataban de llevar a la nación a todo posible mejoramiento, ello

¹⁹Lomba, op. cit., p. 120.

no evitó que la presión oficial se ejerciera contra el escritor, y en los dos artículos siguientes dijo Larra, claramente, que impedido de decir la verdad ponía fin a sus escritos.

F. "Nadie pase sin hablar al portero"

La mayoría de los artículos escritos por Larra para la "Revista Española," hasta la muerte de Fernando VII, ocurrida en septiembre de 1833, fueron de crítica literaria, o bien claras pinturas de las lacras sociales y de los vicios y debilidades de los miembros de la sociedad. Pero se abstuvo, por entonces, de escribir crítica política, debido a las restricciones impuestas por el gobierno absolutista. Además, estaba bien fresco en su mente el recuerdo de la desaparición de su revista "El Pobrecito Hablador."

Habiéndose hecho cargo de la regencia del trono la reina doña María Cristina, a la muerte del rey, enseguida saltó al escenario político la cuestión dinástica. El partido carlista, encabezado por el hermano del fallecido monarca, que contaba con fuerzas poderosas y una buena organización, lanzó apresuradamente a la insurrección legiones numerosas de sus partidarios, en muchos lugares del país.

Larra pronto tomó partido por la reina, liberal como era, y consagró algunos de sus artículos al debatido tema de la sucesión real, acusando a los carlistas por la insurrección. Poco después de la toma de Vitoria por las fuerzas de don Carlos apareció en la "Revista Española" su artículo "Nadie pase sin hablar al

portero," descripción humorística de los excesos en que incurrió la facción clerical que apoyaba al Pretendiente.

Suponía "Figaro" en su relato que dos viajeros, francés uno y español el otro, procedentes de París y con destino a Madrid, llegaban a las puertas de Vitoria, ignorantes de que la ciudad estaba en manos de los carlistas. Gran sorpresa llevaron los viajeros al verse rodeados de frailes, que les hacían bajar del coche, y que los despojaban de sus pertenencias después de haberlos sometido a un absurdo interrogatorio, dejándolos, finalmente, continuar el viaje:

Llegó el veloz carruaje a las puertas de Vitoria, y una voz estentórea de éstas que salen de un cuerpo bien nutrido, intimó la orden de detener a los ilusos viajeros.-¡Hola! ¡eh! dijo la voz, nadie pase.-¡Nadie pase! repitió el español.-¡Son ladrones? dijo el francés.- No, señor, repuso el español asomándose, son de la aduana. Pero ¿cuál fue su admiración cuando sacando la cabeza del empolvado carruaje, echó la vista sobre un corpulento religioso, que era el que toda aquella bulla metía? Dudoso todavía el viajero, extendía la vista por el horizonte por ver si descubría alguno del resguardo; pero solo vió otro padre al lado y otro más allá, y ciento más, repartidos aquí y allí como los árboles en un paseo.- (Tomo I, p. 389).

Requeridos los viajeros a descender del coche para ser interrogados, empezaron a aparecer algunos facciosos y alborotadores que ostentaban una escarapela de Carlos V en el sombrero. Cuando el francés vio a los padres interrogadores, lanzó una exclamación en su propia lengua que hizo cundir la alarma entre los carlistas.

Al siguiente pasaje del relato alude Elizabeth McGuire, en su estudio sobre Larra, para refutar a los que sostienen que el escritor carecía de imaginación, expresando: ". . . the storm

breaks forth and the assertion sometimes made that Larra lacks imagination ought to be refuted by the astounding evidence of the following remarkable description:"²⁰

¡Contrabando! clamó el uno; contrabando, clamó otro; y contrabando fue repitiéndose de fila en fila. Bien como cuando cae una gota de agua en el aceite hirviendo de una sartén puesta a la lumbre, álzase el líquido hervidor, y bulle, y salta, y levanta llama; y chilla y chisporrotea, y cae en el hogar, y alborota la lumbre, y subleva la ceniza, espelúznase el gato inmediato que descansando junto al rescoldo dormía, quémanse los chicos, y la casa es un infierno; así se alborotó, y quemó, y se espeluznó y chilló la retahila de aquel resguardo de nueva especie, compuesto de facciosos y de padres, al caer entre ellos la primera palabra francesa del extranjero desdichado. (Tomo I, pp. 389-390.).

En medio de la algazara alguien propuso ahorcar al aterrizado francés, mas, calmada la turba, metieron a los viajeros con sus equipajes en una casa, para el registro de aduana:

¿Qué trae usted en la maleta? Libros . . . pues . . . Recherches sur . . . al sur ¿eh? este Recherches será algún autor de marina: algún herejote. Vayan los libros a la lumbre. ¿Qué más? ¡Ah! una partida de relojes, a ver . . . London . . . ese será el nombre del autor. ¿Qué es esto? Relojes para un amigo relojero que tengo en Madrid.- de comiso, dijo el padre, y al decir de comiso, cada circunstante cogió un reloj, y metióselo en la faltriquera . . . (Tomo I, p. 390)

Es fácil advertir en las exageraciones de este artículo el apasionamiento que ofuscaba al político militante, enfurecido por el apoyo que el clero brindó a las aspiraciones monárquicas del pretendiente don Carlos. De estilo bien distinto fueron las sátiras que luego escribió contra el gobierno de Martínez de la Rosa.

²⁰Elizabeth McGuire, Writings of Mariano José de Larra, Vol. 7 (Berkeley: University of California Publications in Modern Philology, 1918), p. 101.

G. "En este país"

Es de notar que al describir las flaquezas que afligían a sus compatriotas y los vicios de la política española, adoptaba Larra una actitud muy personal y solitaria. Así, cuando otros escritores hacían profesión a su lado de desdeñar y hallar malo todo lo que llevaba sello español, él se revolvía airado y protestaba. Se reía de ellos y de sus críticas, tomando la defensa de la sociedad española menospreciada.

Alude Larra en este artículo a aquellas frases que ganan fortuna en el lenguaje vulgar, y que van pasando de boca en boca a través de los años. Las gentes las consagran, las más de las veces sin entenderlas, y suelen desaparecer con las circunstancias que las produjeron, mientras que otras perduran en el uso popular:

. . . la frase que forma el objeto de este artículo se perpetúa entre nosotros, siendo solo un funesto padrón de ignominia para los que la oyen y para los mismos que la dicen. . . En este país . . . ésta es la frase que todos repetimos a porfía, frase que sirve de clave para toda clase de explicaciones, cualquiera que sea la cosa que a nuestros ojos choque en mal sentido. ¿Qué quiere usted? decimos, ¡en este país! Cualquier acontecimiento desagradable que nos suceda, creemos explicarle perfectamente con la frasecilla: ¡cosas de este país! que con vanidad pronunciamos, y sin pudor alguno repetimos. (Tomo I, p. 356).

Cree encontrar Larra el origen de la humillante expresión en el fenómeno que afecta a un país que se halla en el momento crítico de una transición ascendente. Comienza a salir de las tinieblas en que ha vivido y empieza a advertir, solo como un resplandor, el bien que se avecina, pero ya conoce por cierto el mal de donde desea salir:

Este es acaso nuestro estado, y éste a nuestro entender el origen de la fatuidad que en nuestra juventud se observa: el medio saber reina entre nosotros; no conocemos el bien, pero sabemos que existe y que podemos llegar a poseerle, si bien sin imaginar aún el como. Afectamos, pues, hacer ascos de lo que tenemos para dar a entender a los que nos oyen que conocemos cosas mejores, y nos queremos angañar miserablemente unos a otros, estando todos en el mismo caso. (Tomo I, p. 357).

Fiel representación de esa parte de la juventud española de la época, es el personaje que presenta el autor bajo el nombre de don Periquito:

. . . ese petulante joven, cuya instrucción está reducida al poco latín que le quisieron enseñar y que él no quiso aprender; cuyos viajes no han pasado de Carabanchel; que no lee sino en los ojos de sus queridas, los cuales no son ciertamente los libros más filosóficos; que no conoce, en fin, más ilustración que la suya, más hombres que sus amigos, cortados por la misma tijera que él, ni más mundo que el salón del Prado, ni más país que el suyo. (Tomo I, p. 357).

Supone el articulista que ha visitado a don Periquito, a quien encuentra en una habitación mal dispuesta, en la que reina gran desorden. Este lo invitó a un mal almuerzo, del que se excusó fácilmente, diciendo: "Amigo, en este país no se puede dar un almuerzo a nadie."; y luego insistió en que su amigo pasara el día con él, y le acompañara en diversas gestiones ministeriales:

Don Periquito es pretendiente a pesar de su notoria inutilidad. Llévome, pues, de ministerio en ministerio; de dos empleos con los cuales contaba, habiase llevado el uno otro candidato que había tenido más empeños que él.- ¡Cosas de España! me salió diciendo, al referirme su desgracia.- Ciertamente, le respondí, sonriéndome de su injusticia, porque en Francia y en Inglaterra no hay intrigas; puede usted estar seguro de que allá todos son unos santos varones, y los hombres no son hombres. El segundo empleo que pretendía había sido dado a un hombre de más luces que él.- ¡Cosas de España! me repitió. (Tome I, p. 358).

De esta suerte, y usando siempre el mismo latiguillo, continuaron lloviendo las insensatas críticas del joven contra todo lo español: los periódicos, las construcciones, los malhechores, los pordioseros, los teatros, los cafés, las posadas . . .; como si estos males no pudiesen alcanzar, en mayor o menor medida, a otros países, sino tan solo a España. Concluye Larra manifestando su indignación ante el uso, que muchos españoles hacen, de tales humillantes expresiones, en desdoro de su propia patria:

Olvidemos, lo repetimos, esa funesta expresión que contribuye a aumentar la injusta desconfianza que en nuestras propias fuerzas tenemos. Hagamos más favor y justicia a nuestro país, y creámosle capaz de esfuerzos y felicidades. Cumpla cada español con sus deberes de buen patricio, y en vez de alimentar nuestra inacción con la expresión de desaliento: ¡Cosas de España! contribuya cada cual a las mejoras posibles; entonces este país dejará de ser tan mal tratado de los extranjeros, a cuyo desprecio nada podemos oponer, si de él les damos nosotros mismos el vergonzoso ejemplo. (Tomo I, p. 360).

En su deseo de poner término a la maledicencia que menospreciaba a España pedía Larra a sus coterráneos que volviesen la vista al pasado, para que notasen la prodigiosa y repentina mudanza que se había verificado en el país en un breve espacio de tiempo. Olvidaba quizás el escritor que cuando él, a su vez, asumía el papel de crítico severo de las cosas de España, nada encontraba digno de elogios.

H. "Por ahora"

Al asumir el poder el ministerio de don Francisco Martínez de la Rosa, a principios de 1834, inició una política vacilante que

no satisfizo ni a los liberales ni a los absolutistas. El mismo pertenecía a la legión liberal desde 1812, y había presidido el gobierno por cinco meses en 1822. Desde muy joven se había destacado por su templanza política la que se fue acentuando con los años y la experiencia.

Entre la urgencia apremiante de complacer a los liberales, y el temor de desencadenar la anarquía, fluctuó el gobierno los diez y seis meses que estuvo en el poder. La guerra civil creció y se extendió por el territorio español en proporciones alarmantes, favorecida por la pasividad y la impericia del ministerio, que débil e indeciso no supo prevenir graves desmanes, como la matanza de los frailes.²¹

Las críticas de Larra contra el gobierno de Martínez de la Rosa comenzaron en un tono ligero y alegre, dedicando algunas de ellas a la creación del Estatuto real, legislación constitucional de carácter híbrido, pues no era otra cosa que una componenda entre las antiguas leyes de la Monarquía y las nuevas corrientes democráticas. Pero participando del disgusto y del malestar general, por los continuos errores del gobierno y su constante aplazamiento de las reformas prometidas, Larra empezó a levantar el tono de sus sátiras, mostrando el mismo encono que tuvo para los carlistas.

En su artículo titulado "Por ahora" comienza el escritor con una humorística disertación, explicando la diferencia entre lo que

²¹Lomba, op. cit., p. 133.

el llama palabras malas y palabras buenas, según el uso que de unas y otras se puede hacer; afirmando que con las últimas "no hay cosa que no se pueda probar, no hay pueblo a quien no se pueda convencer" (Tomo I p. 509). Pone por ejemplo Larra las palabras "por, y "ahora,"

Pocas palabras hay tan buenas, tan útiles en el día, tan en boga . . . ¿A qué nos contesta usted con el "por ahora"? Es la espada de Alejandro, que corta todo nudo gordiano; es la panacea universal que templá todos los dolores. Buena jornada habíamos echado, si no pudiéramos contestar a todo: Por ahora . . . Convencidos hombres muy ilustrados de esta verdad, ¿cómo pudieran no usarlas continuamente? (Tomo I, p. 509).

Después de los rodeos de esta regocijada introducción se lanza Larra de lleno al ataque:

Lluevan sobre ellos en buena hora demandas y peticiones, renuévese la tabla de los derechos, clamen por todas partes tribuna y periódicos por la libertad de imprenta; no le responderán a usted con un "no" seco, sino que "por ahora no conviene". Pida usted más garantías; abogue usted por una verdadera seguridad individual; porque tal o cual estado es absurdo. "Lo vemos", responderán, y lo que es más "con dolor"; empero "por ahora" no es oportuno . . . Venga usted a decirme que el sistema judicial no es gran cosa. Que cada uno multa como le da la gana, y juzga como le parece. Pero eso es "por ahora" no más. Deje usted que llegue aquel día raro, aquel día particular, que ha ser el decisivo; el día, en fin, de la oportunidad, el día que nos convenga pasarlo bien, que ese día será otra cosa. (Tomo I, pp. 509-510).

Dice el articulista que acaso los lectores se preguntarán "¿quién es el sabio sagaz y penetrante que ha de conocer cuando nos conviene ser iguales, ser libres, poder hablar, ser, en una palabra, felices?" (Tomo I, p. 510.) Para ellos tiene Larra una respuesta:

"Por ahora", amigo lector, no se columbra todavía ese sabio: responderemos; ni nosotros hemos hecho ánimo de responder "por ahora" a todas las preguntas, ni nos dejarán responder tampoco "por ahora" aunque quisiéramos . . . (Tomo I, p. 510).

Eran las palabras de Larra fiel reflejo de la impaciencia que dominaba los ánimos de los hombres liberales de la época. Había vivido España innumerables años de atraso, incultura y aislamiento, interrumpidos por breves períodos de gobiernos progresistas, pero era preciso ahora que saliese de su letargo en seguida, sin demoras y sin pretextos.

I. "Carta de 'Fígaro' a un bachiller su corresponsal"

Esta primera carta de "Fígaro" a su imaginario corresponsal, es, probablemente, uno de los escritos en que expresó con más audacia su disgusto ante la actuación del Gobierno. En ella deja saber las razones por las cuales no han aparecido, últimamente, sus artículos en la "Revista Española":

. . . Por otra parte, acaso no sabrá vuesa merced que desde que tenemos una racional libertad de imprenta, apenas hay cosa racional que podamos racionalmente escribir. Si a esto se agrega, como vuesa merced no tendrá dificultad en agregarlo, que estamos ahora los periodistas tratando de tomar color, para lo cual tenemos que esperar a que lo tome primero el gobierno, con el objeto de tomar otro distinto, puesto que el se ha quedado con la iniciativa, no se admirará de que callemos nosotros, bien así como él calla en puntos de más prisa y trascendencia. (Tomo I, p. 453).

Entre otras de las causas que motivan la ausencia de sus escritos menciona Larra, la excesiva longitud de los partes oficiales, y los relatos de las sesiones ministeriales, que nada dicen en sustancia, pero que ". . . nos ocupan por consiguiente las tres cuartas partes de nuestras columnas, y no nos dejan espacio para nada". (Tome I, p. 454). Seguidamente enfila sus burlas contra

el vistoso, y un tanto ridículo, uniforme oficial de los miembros de la cámara de los Próceres:

Nuestra patria camina a pasos agigantados hacia el fin para que el señor la crió: que es su felicidad. Por el pronto ya tenemos el uniforme de los señores Próceres, que es manto azul rastrero, según las venerandas leyes del siglo XIV, exceptuando el terciopelo, que no alcanzaron aquellos estamentos, si bien aquí entra el modificar aquellos venerandos usos según las necesidades del día: verdad igualmente aplicable al calzón de casimir, media de seda, hebilla y tahalí, de que nada dicen Pero López de Ayala, ni Zurita, ni el Centón . . . Dicen que cuesta mucho; pero más ha costado llegar a este punto. Si vuesa merced tiene baraja, como es de suponer, mirando al rey de espadas podrá formar una idea aproximada, y por ende verá que es bonito. . . (Tomo I, p. 454).

La imprevisión del Gobierno con ocasión de la epidemia del cólera, que halló a Madrid sin organización sanitaria, sin provisión de medicinas y llena de inmundicias; y el constante afán de las autoridades de ocultar a la población el verdadero estado de los asuntos públicos, fueron pasto de la vena satírica de "Fígaro" en esta carta:

Tres cosas, sin embargo, van mejor todos los días sin que se eche de ver: la Libertad, la salud, y la guerra de Vizcaya. ¡Tal es la reserva con que se hacen estas cosas! ¿Se sabe algo por ahí, señor bachiller, de don Carlos? Por acá todos convenimos en que está en Londres, en Francia y en Elizondo a un mismo tiempo, así como están de acuerdo los médicos en que el cólera no puede venir a Madrid por estar muy alto, y en que es contagioso y no epidémico, y epidémico y no contagioso. En cuanto al modo de curarlo, ya averiguado, llenos están los cementerios de preservativos seguros, de remedios infalibles y de métodos curativos . . . (Tomo I, pp. 454-455).

Terminaba "Fígaro" informando a su corresponsal que si bien no se encontraban en Madrid procuradores, cajistas de imprenta, ni médicos, habían, en cambio, muchos mendigos, basura en todas las

calles y una camilla en cada esquina. Y, finalmente, Le prevenía que si se aventuraba a venir a la capital en busca de algún empleo público podía estar seguro de adelantar algo si era carlista, pues de estos habían muchos instalados en buenos destinos.

J. "Modas"

Refiriéndose a la rica novedad de las formas que adoptaba Larra para sus ataques satíricos, dice Nombela:

"Fígaro" es un Proteo que lleva al público de sorpresa en sorpresa; un conspirador avisado que cambia con suma facilidad de disfraces, no tanto para burlar la vigilancia de los enemigos que le espían, ansiosos de aprovecharse de sus menores descuidos, como para mantener viva la expectación de los lectores, de quienes depende el éxito de su campaña.²²

Usando la estrategia de insistir sin aburrir, de convencer por medio de la repetición de las ideas, cautiva con inesperadas mutaciones:

. . . reproduce los mismos motivos, ya en forma de fantástica alegoría, ya en forma epistolar, en artículos que desarrollan íntegramente un asunto o en ligeras gacetillas que lo tocan de pasada, en serio o en broma, de un modo directo o como parodia de otros géneros literarios.²³

El presente artículo es uno de aquellos en que el autor compone con diversos temas animadas misceláneas. Afirmaba "Fígaro" que no podía describir las últimas creaciones de la moda, en relación con los trajes y peinados, por hallarse

²²Nombela, op. cit., p. 269.

²³Ibid., p. 270.

ausentes de Madrid muchas damas elegantes, temerosas de
pero que podía hacer algunas observaciones de la moda, en
orden de cosas:

Está decididamente en boga reírse todos los días de los
gestos espantables del señor Género, quejarse del gobierno
y asombrarse de la inacción de los estamentos. Estas
modas durarán probablemente más que el talle largo . . .
Empiezan a estilarse mucho los artículos de oposición.
asegura que hace bien a todos los cuerpos . . . Lo más
es que, según parece, esos artículos salen fabricados en
mismo Estamento, no porque sea la mejor fábrica, sino por
estar allí las primeras materias y la mano de obra. Esta
moda no nos gusta: se asemeja un tanto cuanto a la falda
corta en no ser la más decorosa. (Tomo I, p. 459).

No quedaban fuera de la crónica los artículos ministeriales
de los que había abundancia en el periódico "La Abeja"; ni las
sesiones brevísimas, en las que nada se trataba y nada se resolvía.

Los artículos ministeriales, que algunos pseudo-elegantes
quieren introducir, no se acreditan. Son como los peines
que solo sirven para que se vea venir desde lejos a quien los
usa, y para dar una elevación ridícula a la persona . . . Se
siguen estilando las sesiones cortas, muy cortas, como si
dijéramos a media pierna: en esto se dan la mano con los
vestidos de maja; así es que se suelen dejar lo mejor en
descubierto. En punto a calzado, solo podemos decir que lo
más común es andarse con pies de plomo.- Con respecto a
talle, la gran moda es estar muy oprimido, tan estrecho
que apenas se pueda respirar . . . Por lo que hace a adornos de
mesa, sabido es que en España no somos fuertes; bien que falta
lo principal, que es comer. (Tomo I, p. 459).

En su postura de liberal combatiente no dejaba Larra fuera
de sus burlas a aquellos que se mostraban dudosos en su posición
política, especialmente las que él llamaba personas de calidad,
que no se decidían ni por el gobierno ni por la oposición, man-
teniendo una posición intermedia.

K. "La gran verdad descubierta"

La inacción y la desorientación de los organismos oficiales inspiraban los más irónicos artículos de Larra, que veía con indignación como las discusiones sobre las más sencillas materias se extraviaban. Las polémicas doctrinales eran interminables, en perjuicio de la atención que exigían las necesidades más apremiantes del país. Se pronunciaban discursos que frecuentemente terminaban en una pobre cosecha de formulas vacías. A propósito de ello expresaba Larra:

Dirán que los grandes trastornos políticos no sirven para nada. ¡Mentira! ¡atroz mentira! Del choque de las cosas y de las opiniones nace la verdad. De dos días de discusión nace un principio nuevo y luminoso. ¿Saben ustedes lo que se ha descubierto en España, en Madrid, ahora, hace poco, hace dos días nada más? Se ha descubierto, se ha decidido, se ha determinado que, "la ley protege y asegura la libertad individual". Cosa recóndita, de nadie sabida, ni nunca sospechada. (Tomo I, p. 460).

Y mencionaba el autor una larga lista de acontecimientos, por los ha pasado la nación para poder llegar a tan salvadora fórmula:

Han sido precisos todos los sucesos de la Granja, la caída de tres ministerios, una amnistía, la vuelta de todos los emigrados, la rebelión de un mal aconsejado príncipe, una cuádruple alianza, una guerra en Vizcaya, una jura, una proclamación, un estatuto, unas leyes fundamentales resucitadas en trajes de Próceres, una representación nacional, dos estamentos, dos discusiones, una corrección ministerial, un empate y la reserva de un voto importante, que no hacía falta, para sacar del fondo del arca política la gran verdad de que "la ley protege y asegura la libertad individual" . . . Ahora es, y no antes, cuando verdaderamente lo sabemos, y ya nunca se nos olvidará. (Tomo I. p. 460)

Establece Larra una divertida comparación entre los esfuerzos que han llevado al hombre a los grandes descubrimientos físicos y aquellos que le han conducido al conocimiento de las verdades políticas; para terminar afirmando, irónicamente, que, mientras los primeros han sido insignificantes, los segundos han requerido siglos:

A un dos por tres descubrió Copérnico que la tierra es la que gira; en un abrir y cerrar de ojos descubrió Cassendi la gravedad de los cuerpos; Newton halló su prisma en un mal vidrio; Linneo encontró los sexos de las plantas entre rama y rama. Pero han sido necesarios siglos de opresión y una corrección ministerial para descubrir que la ley protege y asegura algo . . . "La ley protege y asegura la libertad individual". Luego que esto esté escrito y sancionado, y quisiera yo saber quien es el que no anda derecho. ¿Qué ladrón vuelve a robar, que asesino mata, que facción vuelve a levantar cabeza, y que carlista, en fin, no se apea de su destino? . . . (Tomo I, p. 460).

Haciendo burla de las largas e inútiles sesiones ministeriales explicaba Larra que el secreto para descubrir las verdades estaba en las discusiones largas y peliagudas a que se entregaban los señores del gobierno, y que gracias a ellas se sabía ahora que la ley protege, es decir, que la ley no es cosa mala como se había creído hasta ahora.

L. "La policía"

Su repulsa a todo lo que pudiera significar coerción de la libertad, hizo que Larra desatara sus ataques contra la policía política, organismo de represión que nunca falta en los gobiernos absolutos. Inicia el autor, en este artículo, un breve y humorístico recorrido

histórico, a través de varios países, para probar la utilidad de la policía política:

Otra prueba de que es cosa buena la policía es su existencia, no solo en Roma y en Portugal, sino también en Austria; y sobre todo en la parte de Italia sujeta a aquel imperio, donde es delito a los ojos de la policía haber a las manos un papel francés. Así son los italianos tan felices, así se hacen lenguas del emperador de Austria. Óigase otro ejemplo: Ahí está la Polonia, que debe su actual felicidad ¡vaya si es feliz! a la policía rusa . . . Y si nos venimos más acá, veremos que en Francia la instaló Bonaparte, uno de los amigos más acérrimos de la libertad . . . y a España, por fin, la trajo el célebre conquistador del Trocadero el año 23, y fue lo que nos dio en cambio y permuta de la constitución que se llevó; prueba de que el creía que valía tanto por lo menos la policía como la constitución. (Tomo I, p. 506).

Una divertida explicación hace Larra de los siniestros manejos de la policía, y de los conocimientos e instrucción que han de tener los miembros de ese cuerpo:

. . . supongamos que sabe usted que se habla en un café, en una casa, o que no se habla, pero que tiene usted un enemigo; ¿quién no tiene un enemigo? Va usted a la policía, y con contar el caso, y con añadir que en la casa tienen pacto con "isabelinos", y que detrás del "viva la ordenanza" está tapada la anarquía, hace usted prender a su enemigo. ¿Pues no es cosa excelente? Luego, para cualquier carrera se necesita saber algo . . . pero para ser policía, basta con no ser sordo. ¡Y es tan fácil no ser sordo! Ahora, si fuera preciso hacerse el sordo, ya era otra cosa: era preciso saber entonces casi tanto como para ser ministro. (Tomo I, p. 507).

Alude también Larra a los premios destinados a la delación, y a los millones que han de figurar en el presupuesto nacional, para su pago, porque . . . "si se ha de prender, es preciso que haya quien delate; y si ha de haber delatores, éstos han de comer, porque tripas llevan pies . . ." (Tomo I, p. 507).

De modo indirecto, expresa el autor su admiración por aquellos países a los que la libertad ha permitido una vida próspera y feliz; en contraste con su propia patria, sumida en la opresión y el atraso:

En los Estados Unidos y en Inglaterra no hay policía política; pero sabido es en primer lugar el desorden de ideas que reina en aquellos países; allí puede uno tener la opinión que le de la gana; por otra parte, la libertad mal entendida tiene sus extremos, y nosotros leyendo en el gran libro abierto de las revoluciones, como ha dicho muy bien otro orador, debemos aprender algo en él, y no seguir las mismas huellas de los países demasiado libres, porque vendríamos a parar al mismo estado de prosperidad que aquellas dos naciones. La riqueza vicia al hombre, y la prosperidad le hace orgulloso por más que digan. (Tomo I, p. 507).

Con el pretexto de referirse a los pasaportes, de cuya emisión se encuentra encargada la policía urbana, y que son necesarios para que los ciudadanos puedan trasladarse de un lugar a otro dentro de la propia nación, aprovecha Larra la oportunidad para mencionar sutilmente el estado de abandono en que se encuentran las construcciones públicas y las facilidades para los viajeros. A ese efecto expresa Larra que se concibe que pueda uno viajar sin caminos, sin canales, sin carruajes y sin posadas, pero no sin pasaportes.

M. "La sociedad"

Un tono de queja, de reproche, de saña, prevalece a menudo en las palabras de Larra. La nota displicente y amarga sube sin cesar, tanto en sus artículos de costumbres como en los de otro género. A veces pierden sus escritos el carácter nacional o local, para buscar un alcance filosófico y trascendente, y se

desata en ataques llenos de encono contra la especie humana, contra la sociedad, y aun contra la naturaleza.²⁴

En el presente artículo, en el que describe la sociedad con franco desprecio y encono, expresa al autor su desacuerdo con los que él llama escritores malhumorados, sostenedores de la teoría de que el hombre habla por una aberración, siendo su posición natural la de los cuatro pies, y su medio ambiente apropiado el de la naturaleza salvaje; basados en la opinión de que la sociedad le roba parte de su libertad, sino toda. Para él no hay duda de que el hombre es "animal social":

Lo más que concederemos a los abogados de la vida salvaje, es que la sociedad es de todas las necesidades de la vida la peor: eso sí. Ésta es una desgracia, pero en el mundo feliz en que habitamos casi todas las desgracias son verdad; razón por la cual nos admiramos siempre que vemos tantas investigaciones para buscar ésta. A nuestro modo de ver no hay nada más fácil que encontrarla: allí donde está el mal, allí está la verdad. Lo malo es lo cierto. Solo los bienes son ilusión. (Tomo I, p. 495).

Da Larra una pesimista explicación de los motivos que impelen al hombre a unir sus esfuerzos a los de sus semejantes, en la lucha contra los enemigos, "de los cuales el peor es la naturaleza entera; es decir, el que no puede evitar, el que por todas partes le rodea". (Tomo I, p. 496):

. . . de aquí podría deducirse que la sociedad es un cambio mutuo de servicios recíprocos. Grave error, es todo lo contrario: nadie concurre a la reunión para prestarle servicios, sino para recibirlos de ella: es un fondo común donde acuden todos a sacar, y donde nadie deja, sino cuando puede tomar en virtud de permuta. La

²⁴Lomba, op. cit., p. 93.

sociedad es pues, un cambio mutuo de perjuicios. Y el gran lazo que la sostiene es, por una incomprensible contradicción aquello mismo que parecería destinado a disolverla; es decir el egoísmo. (Tomo I, p. 496).

De ese vínculo contradictorio que reúne a los hombres deduce Larra "dos verdades eternas y por cierto consoladoras" (Tomo I, p. 496):

. . . primera, que la sociedad tal cual es, es imperecedera, puesto que siempre nos necesitaremos unos a otros; segunda, que es franca, sincera y movida por sentimientos generosos; y en esto no cabe duda, puesto que siempre nos hemos de querer a nosotros mismos mas que a los otros . . . Felizmente no se llega al conocimiento de estas tristes verdades sino a cierto tiempo; en un principio todos somos generosos aún, francos, amantes, amigos . . . en una palabra, no somos hombres todavía; pero a cierta edad nos acabamos de formar, y entonces ya es otra cosa: entonces vemos por la primera vez, y amamos por la última. (Tomo I, p. 496).

Narra el autor su encuentro con un primo suyo, joven inexperto, a quien las anteriores reflexiones no habían hecho desistir de su empeño de entrar en la sociedad de buen tono. Al entusiasmo y al éxito iniciales de su ingreso en el gran mundo, sucedió la desilusión provocada por un medio ambiente colmado de egoísmo, envidia, y deslealtad.

Ausente de la sociedad por largo tiempo, el escritor pide a su primo que le instruya sobre las nuevas caras que ve en una recepción a la que asisten. Entre los personajes que identifica el joven figuran: la baroncita viuda que "a fuerza de ser hermosa y amable, a fuerza de gusto en el vestir, ha llegado a ser aborrecida de todas las demás mujeres" (Tomo I, p. 497). Y como su trato es agradable y sin malicia, los jóvenes creen que ha de ser fácil conquista, mas,

. . . como al llegar a ella se estrellan desgraciadamente los más de sus cálculos en su virtud (porque aunque la ves tan loca al parecer, en el fondo es virtuosa), los unos han dado en llamar coquetería su amabilidad, los otros por venganza le dan otro nombre peor. Unos y otros hablan infamias de ella; debe por consiguiente a su mérito y a su virtud el haber perdido la reputación. ¿Qué quieres? ¡ésa es la sociedad! (Tomo I, pp. 497-498).

Más allá se encuentra el tipo opuesto, la dama de aspecto grave, que con su trato áspero parece rechazar a todos los hombres que se le acercan:

Esa ha entendido mejor el mundo. Esa responde con bufidos a todo galán. Una casualidad rarísima me ha hecho descubrir dos relaciones que ha tenido en menos de un año: nadie las sabe sino yo: es casada; pero como brilla poco su lujo, como no es una hermosura de primer orden, como no se pone en evidencia, nadie habla mal de ella. Pasa por la mujer más virtuosa de Madrid. Entre las dos se pudiera hacer una maldad completa: la primera tiene las apariencias, y ésta la realidad. ¿Qué quieres? ¡en la sociedad siempre triunfa la hipocresía! (Tomo I, p. 498).

Al aproximarse los jóvenes al "écarte", huyendo del trato de un tipo cargante, tuvo el primo a su vez que esquivar la conversación con un joven que se le acercó, con el evidente propósito de solicitar un préstamo, entablándose luego el siguiente diálogo:

Pero ¿y qué inconveniente había en prestarle? Tú que eras tan generoso . . .

-Sí, hace cuatro años; ahora no presto ya hasta que no me paguen lo que me deben; es decir, que ya no prestaré nunca. Esa es la sociedad. Y sobre todo, ése que nos ha hablado . . .

-¡Ah! es cierto; recuerdo que era antes tu amigo íntimo: no os separabais.

-Es verdad; y yo le quería: me lo encontré a mi entrada en el mundo; teníamos nuestros amores en una misma casa, y yo tuve la torpeza de creer simpatía lo que era comunidad de intereses. Le hice todo el bien que pude, ¡inexperto de mí! Pero, de allí a poco puso los ojos en mi bella, me perdió en su opinión, y nos hizo reñir: él no logró nada; pero desbarató mi felicidad. Por mejor decir, me hizo feliz; me abrió los ojos.

- ¿Es posible?

- Esa es la sociedad: era mi amigo íntimo. Desde entonces no tengo más que amigos; íntimos, estos pesos duros que traigo en el bolsillo: son los únicos que no venden ni compran. (Tomo I, pp. 498-499).

Tras el desahogo de sus agravios, nacidos de la infidelidad y la deslealtad, se lamentó además el joven de sus fracasos amoratorios, no pudiendo el escritor por menos que recordar primero sus expresiones optimistas, al entrar en la sociedad unos años atrás:

¿Qué quieres? me añadió de allí a un rato; nadie quiere creer sino en la experiencia: todos entramos buenos en el mundo, y todo andaría bien si nos buscáramos los de una cierta edad; pero nuestro amor propio nos pierde: a los veinte años queremos encontrar amigos y amantes en las personas de treinta, es decir, en las que han llevado el chasco antes que nosotros, y en los que ya no creen: como es natural le llevamos entonces nosotros, y se la pegamos luego a los que vienen detrás. Esa es la sociedad; una reunión de víctimas y de verdugos. ¡Dichoso aquél que no es verdugo y víctima a un tiempo! (Tomo I, pp. 499-500).

Es de notar que Larra, en su suspicaz y sombría actitud de negar todo sentimiento humano de afección y simpatía, no dejaba fuera de sus ataques a la mujer. Con respecto a ella siempre se muestra áspero y poseído de cierto rencor. No la considera como madre, o como esposa, compañera y colaboradora del hombre, sino más bien como criatura peligrosa, armada de sus encantos e interesada en aprisionar los corazones de los hombres.

CAPITULO IV

CONCLUSIONES

Mariano José de Larra fue uno de los costumbristas españoles más destacados de su época, distinguiéndose también, quizás en mayor medida, como escritor de artículos políticos. La sátira fue su nota característica, en cuyo género no pudo ser superado.

Además de los artículos de costumbres y políticos figuran en la producción de Larra los de crítica literaria en los que tuvo marcado éxito. Sus incursiones en el campo de la poesía fueron escasas, limitadas a los primeros años de su actividad literaria, y sin éxito alguno. Pero, por otra parte, merecieron elogios de la crítica su novela El doncel de don Enrique el doliente y su drama Macías, ambas creaciones de marcado sabor romántico.

Hay en las sátiras de Larra abundancia de tonos: medios, extremos, apasionados, tranquilos, y sabe dar en todos la nota justa con seguridad y plenitud. No es su imaginación poética, ni de mucho colorido, pero su palabra es clara y persuasiva cuando argumenta; es sugestiva y sutil cuando penetra en los pliegues de la intención.²⁵

La amargura y el pesimismo de su espíritu se notan en la mayor parte de sus escritos, pero esa circunstancia no alcanzaba

²⁵Lomba, op. cit., p. 198.

a nublar su entendimiento, pues veía muy bien la verdad, pero se complacía en interpretarla negramente.

No abundan en sus obras las descripciones de lugares, de objetos, o de escenas movidas, es decir de la parte física. Su campo favorito es el mundo incorpóreo de las pasiones, de las inteligencias y de las voluntades de los hombres. Se advierte en él la notación penetrante del rasgo psicológico.

Las sátiras en sus artículos de costumbres estuvieron dirigidas, principalmente, a criticar los vicios y males que afligían a la sociedad española de su época, y especialmente, la antipatía visible con que esa sociedad solía recibir las innovaciones que tendían a mejorarla, y a equipararla a los pueblos más avanzados de Europa.

En los artículos políticos que escribió Larra durante los últimos años del reinado de Fernando VII, se observa que hay penetración y sagacidad, así como ingenio e ironía, suavizados por la contención y la serenidad. Los que escribió después de la muerte del rey Fernando fueron la expresión de su ardiente combate por la libertad, en todas sus formas. En ellos la pasión le domina, y dirige sus ataques tanto contra los carlistas, representativos del odiado absolutismo, como contra los liberales que, en posesión del poder, fueron incapaces de establecer las reformas políticas y económicas reclamadas por el pueblo, y traer la paz a la nación.

Su ardor patriótico no se empañó por las luchas partidarias, no obstante su condición de liberal, pues su fiera independencia

le mantuvo alejado de agrupaciones y camarillas políticas, y firme en su constante lucha por la libertad.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

FUENTES PRIMARIAS

Larra, Mariano José de. Obras completas, Tomo I, Prólogo de Cayetano Cortés. Paris: Baudry, Librería Europea, 1883. 557 pp.

_____. Obras completas, Tomo II, Baudry, Librería Europea, 1883. 588 pp.

Lomba y Pedraja, José R. Cuatro estudios en torno a "Figaro". Madrid: Tipografía de Archivos, Olózaga, 1936. 398 pp.
Valioso estudio crítico de Larra como costumbrista, articulista político y crítico literario.

Nombela y Campos, Julio. Larra. Madrid: Casa editorial Velázquez, 1909. 290 pp.
Obra póstuma en la que analiza la producción dramática y de crítica literaria de Larra, así como sus artículos políticos y de costumbres.

FUENTES SECUNDARIAS

Atocha, Simón de. Larra. Madrid: Compañía bibliográfica española, 1964. 237 pp.
Semblanza literaria de Larra y antología de sus obras.

Burgos, Carmen de. "Figaro". Madrid: Imprenta de "Alrededor del Mundo", 1919. 380 pp.
Amplio y minucioso estudio biográfico, con numerosas transcripciones de documentos relativos a la vida de Larra.

Chaves, Manuel. Don Mariano José de Larra. Sevilla: Imprenta de "La Andalucía," 1899. 244 pp.
Uno de los estudios biográficos sobre Larra más respetados por la crítica.

Gómez Santos, Marino. "Figaro" o la vida de prisa. Madrid: Colección literaria "El Grifón", 1956. 276 pp.
Contiene una biografía de Larra que recoge las últimas indagaciones sobre la vida del escritor.

Martínez Ruiz, José. Rivas y Larra. Madrid: Renacimiento, 1916.
287 pp.

Contiene un resumen de la crítica de Larra y de las ideas que éste sustenta sobre la decadencia de España.

McGuire, Elizabeth. A Study of the Writings of D. Mariano José de Larra. Berkeley: University of California Publications in Modern Philology, 1918. 130 pp.

Interesante estudio sobre las obras de Larra, en el que se pone de relieve la influencia que sobre él tuvieron los satíricos franceses.

Romera-Navarro, Manuel. Historia de la literatura española, 1 Vol. Boston: D. C. Heath & Company, 1949.

Contiene un análisis comprensivo de los mejores autores de la literatura española.

Valbuena Prat, Ángel. Historia de la literatura española. 3 Vols. Barcelona: Editorial Gustavo Gill, S. A., 1963.

Estudio de la literatura española desde sus orígenes hasta el momento actual.